1610

ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA.

CAMÖENS

DRAMA LÍRICO EN UN ACTO

ORIGINAL Y EN VERSO

DE

MÀRCOS ZAPATA,

MÚSICA

DEL

MAESTRO MARQUÉS.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1879.

ENTÖMAS

CAMÖENS.

CAMÖENS

DRAMA LÍRICO EN UN ACTO

ORIGINAL Y EN VERSO

DE

MÁRCOS ZAPATA,

MÚSICA

DEL

MAESTRO MARQUÉS.

Representada en el Teatro de Jovellanos á beneficio del distinguido artista D. Rosendo Dalmau, el 24 de Febrero de 1879.

MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE E. CUESTA,
Calle de la Cava-alta, núm. 5.
1879.

AL

SEÑOR DON EMILIO CASTELAR

EN TESTIMONIO DE ADMIRACION Y RESPETO.

El Autor.

PERSONAJES.	ACTORES.
Aurora.....	SEÑORA FRANCO DE SALAS.
Camöens.....	SEÑOR DALMAU.
El Prior de Crato.....	» FERRER.
D. César de Aguilar.....	» BANQUELLS.
Miguel.....	» TORMO.
Un capitan.....	» ARTABEITIA.

Servidumbre del Prior de Crato y soldados de la Regencia.

La accion en Portugal, año 1580.

Por *derecha* é *izquierda* entiéndase la del espectador.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultra mar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion lírico-dramática de Don EDUARDO HIDALGO son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Vestíbulo de una magnífica quinta: puerta grande al fondo y dos mas pequeñas á la derecha. Á la izquierda una gran verja practicable que figura dar á un parque. Taburetes de época en diferentes puntos del escenario. Al levantarse el telon aparecen Miguel y el coro.

ESCENA PRIMERA.

MIGUEL y el CORO.

CORO. ¿Qué se dice, qué se cuenta?
¿No hay alguna novedad?
¿Cómo siguen los misterios
en la córte y la ciudad?
De los cinco pretendientes,
uno solo ha de vencer:
yo le quiero de mi tierra,
yo le quiero portugués.

MIGUEL. De los cinco candidatos
ya no quedan mas que dos:
don Felipe el Rey de España....
CORO. ¿El de España?
MIGUEL. ¡Y el Prior!

CORO. Viva nuestro amo,
yo estoy por él,
nadie mas digno
de tal merced.
Rey extranjero
no puede ser,

678318

que allá en su casa
se está muy bien.
¿Cómo mil diablos
nos va á entender
cuando le hablemos
en portugués?

MIGUEL. No tiene el golpe
contestacion;
pero escuchadme
con atencion.

Las gentes palaciegas
son aves de rapiña
que están á la que salta
y tienen buena vista.
Y cuando ven alguno
que rueda del favor,
le dan de picotazos
que es una bendicion.

CORO. Las gentes palaciegas
son aves de rapiña
que están á la que salta
y tienen buena vista;
y en cuanto ven alguno
que rueda del favor,
le dan de picotazos....
¡Valiente noticion!

MIGUEL. ¡Tened paciencia,
calma tened,
y en pura plata
me explicaré!

Cuando hoy al medio dia
salimos de palacio,
la gente se mostraba
muy fria con el amo.
Pues dicen que es segura
la decision fatal
de hacer al rey de España
señor de Portugal.

CORO. (¡Con mucho disimulo
conviene averiguar
si nombran al de España
señor de Portugal!
Si la noticia es cierta,
ponerse bien con él,
dejar correr la bola
y viva el interés!)

MIGUEL. El Prior de Crato,
ya lo sabeis,
no es el candidato
que ha de vencer.
Mas aunque vencido
quede el Prior,
yo no me despido,
yo no me voy.

CORO. Si el Prior de Crato,
como sabeis,
no es el candidato
que ha de vencer....
(Al primer descuido
le digo ¡adios!)
Yo no me despido,
yo no me voy.

MIGUEL. ¡Mas si llega el triste caso
de tener que conspirar!...
CORO. Adelante con la fiesta,
pues por mí no ha de quedar.

Alegro.

MIGUEL. Librar de un extranjero
debemos al pais,
cerrando las fronteras
al rayo de Madrid.
Ardiente patriotismo
inflame nuestro sér,
y brille independiente
el cielo portugués.

CORO. Librar de un extranjero
debemos al pais
(abriendo los bolsillos
al oro de Madrid).
Ardiente patriotismo
inflame nuestro sér....
(me voy con el primero
que me lo pague bien).
(Desaparece el coro por el foro derecha.)

ESCENA II.

(HABLADO.)

MIGUEL.

Desde que este mundo es mundo
no se ha visto cosa igual.
¡Qué pais, qué Portugal
y qué Felipe Segundo!
Dicen que el embajador
del católico monarca,
tiene muy repleta el arca
y es expléndido.... mejor.
¡Que no basta, ¡voto á san!
todo ese cebo acuñado
para pescar ni un soldado
del pobre don Sebastian! (Quitándose el birrete.)
¡Muerto de Alcázar-Quivir,
con cuánta gloria caiste....
qué bien en morir hiciste....
qué mal hice en no morir!...
En la Mauritania ardiente
no se turban las arenas
al rumor de las cadenas
del rey Felipe *el Prudente*.
(Don César, al foro, escucha los cuatro últimos versos del monólogo.)
¡Ni llega tanta mancilla,
ni tan funesto abandono,
ni se ve oscilar un trono
á los golpes de Castilla!

ESCENA III.

MIGUEL, DON CÉSAR.

D. CÉSAR. ¿De Castilla?... (Entrando.)
MIGUEL. ¡Eh! ¿Quién va?
D. CÉSAR. Un soldado.... Dios le guarde.
¿Está el Prior en la quinta?
MIGUEL. ¿Con qué licencia os entrásteis
hasta aquí?
D. CÉSAR. Con la licencia
espontánea y amable
que otorga una puerta franca
cuando no la cierra nadie.
MIGUEL. Pues no se pasa.
D. CÉSAR. Al contrario,
se pasa sin anunciarse.
MIGUEL. Sois corto de genio.
D. CÉSAR. Mucho.
(Se sienta en un taburete.)
Los hábitos militares....
MIGUEL. ¿Y se sienta?...
D. CÉSAR. Debe ser
porque estoy cansado.
MIGUEL. ¡Diantre,
habrá que tomarlo á risa!
D. CÉSAR. Es lo mejor. (Pausa breve.)
MIGUEL. ¿Busca enganche,
ó viene de retirada?
(D. César mira á un lado y á otro como buscando á alguien.)
D. CÉSAR. ¿Con quién hablais?
MIGUEL. Dispensadme,
no fué mi ánimo ofenderos.
D. CÉSAR. No hay de qué.
MIGUEL. (¡Vaya un carácter!)
D. CÉSAR. ¿Dónde está el Prior?
MIGUEL. ¿Hablábais
conmigo? (Mirando á entrambos lados y con sorna.)
D. CÉSAR. Cuide el bergante
(Con dureza levantándose del taburete.)
no le cobre á cintarazos
sus burlas y necedades.
MIGUEL. Pues cuide el gran caballero
(Se aproxima á D. César y le muestra el puño de la espada.)
de no prometer en balde,
que yo tampoco soy manco

y pudiera equivocarse.
(D. César reconoce la espada, retrocede y exclama con asombro:)

D. CÉSAR. ¡Dios de Dios! ¿Qué es lo que miro?
MIGUEL. De Milan. (Por la espada, con arrogancia.)
D. CÉSAR. ¡Cristo me ampare!
¿Cómo llegó á vuestras manos
esa prenda?
MIGUEL. En un combate
me la entregó un moribundo,
para que yo de su parte
se la diera....
D. CÉSAR. ¡Oh, sí, á su hermano!
MIGUEL. Que está prisionero en Tánger.
D. CÉSAR. ¡Que está libre! (Con emocion.)
MIGUEL. ¿Vos don César?... (Con asombro.)
D. CÉSAR. ¡Yo, que cubierto de sangre,
llena de espuma la boca
y el corazon de coraje,
por no presenciar el triunfo
de los fieros musulmanes,
metí espuelas al caballo,
rompí la espesa falanje,
caí entre cien cimitarras
y no hallé quien me matase!
MIGUEL. Tomad, señor, esta noble
(Con solemnidad, presentando la espada á D. César.)
reliquia; de honra muy grande
me despojo....
D. CÉSAR. Ten la mia,
cambiemos. (Entregando su espada á Miguel.)
MIGUEL. Acepto el canje.
¡Venga la espada de un héroe
y ahí va la espada de un mártir!
D. CÉSAR. ¡Pobre hermano mio! ¡Oh, cuenta,
(Besa la espada.)
cuéntame, si es que lo sabes,
cómo murió el infeliz!
MIGUEL. En mis brazos.... Escuchadme. (Pausa breve.)
Al sentir sobre nosotros,
ala izquierda, cuyos haces
mandaba el Prior de Crato,
todo el peso de los árabes,
las gentes allegadizas
se desbandaron cobardes,
y nos vimos arrollados
y envueltos por todas partes.

Contra aquel turbion de moros
y aquel círculo de alfanjes,
como tigres nos batíamos
un puñado de leales.
Con furia desesperada
mantuvimos el ataque
entre el apretado muro
de lanzas y de turbantes,
y por milagro del cielo
logramos aportillarle,
escapando á la matanza
de aquellas tribus salvajes.
¡Rotos, deshechos, molidos,
cruzamos los arenales
del triste Alcázar-Quivir,
cuyos llanos espantables
presentaban á la vista
todo el horror del combate!
Dejando atrás á los moros,
que nos iban al alcance,
tomamos por un camino
sembrado de peñascales.
¡Mal herido mi caballo,
queda atrás.... vacila.... cae....
doy un salto.... pido auxilio....
y me responde en los aires
el fatídico rumor
de las ondas implacables
que exterminan como el rayo
cuanto cogen por delante!
¡Siguió á la angustia el instinto....
trepé á un cerro.... fuí á ocultarme
tras de una roca.... ¡empezaba
la sangre en mi pecho á helarse!...
recé.... llegó el remolino
de los fieros musulmanes....
sentí chocar en las piedras
las cimitarras cortantes....
escuché los alaridos
de aquel pavoroso enjambre
que pasó como la tromba
que alienta los huracanes!
Respiré.... fijé los ojos
en la hondonada, y distante
una polvorosa nube
que en el volador escape
iban dejando á su espalda

los corceles centellantes,
me orientó del enemigo
y comencé á serenarme.
Bajé del cerro, emprendí,
temeroso y vacilante,
por una senda fragosa,
en cuyas sinuosidades
hallaron tumba los restos
de aquella horrenda catástrofe.
Súbito hiere mi oido
una voz.... sigo adelante....
avanzo.... busco.... y encuentro,
en lecho de pedernales,
á un caballero cristiano
en sus postreros instantes.
—«¡Por favor! exclama al verme,
»ten el paso, caminante,
»por Cristo si eres de Cristo,
»por Mahoma si eres árabe:
»que en el trance de la muerte
»no hay religion ni linaje,
»y te has de ver como yo
»en tan apurado trance.
—»Soy portugués, le respondo.
»Hablad.... disponed.... mandadme....
—»¡Tengo sed, sed que me abrasa!»
Dijo con voz espirante.
Un arroyo no lejano
corria entre los breñales
del camino; diligente,
vuelvo atrás, llego á su cauce,
cargo el chambergo, lo subo,
se lo doy, bebe anhelante,
le baño el rostro, le limpio
la coagulada sangre,
y aparece ante mis ojos
el enérgico semblante
de un general moribundo
que así comenzó á expresarse:
—«Bendigo á Dios que te ha puesto
»tan cerca de mis pesares,
»para que en tí deposite
»una joya inapreciable.
»Toma del cinto esta espada
»que no pudo arrebatarme
»mano infiel.... rasga el coleto
»que me oprime sofocante....

»registra el izquierdo lado
»del jubon.... ¿qué es lo que hallaste?
me pregunta.—»Un medallon.
—»¡Pues llévalo de mi parte
»á don César de Aguilar
»con un adios entrañable,
»¡y que no olvide don César
»que hay medallones que se abren!»
¡Dijo, y repentina tos
cortó de golpe sus frases,
se retorció en su agonía
y se desplomó cadáver!

D. CÉSAR. ¡Oh, justo Dios!

MIGUEL. Y aquí está
el depósito.
(Saca del pecho el medallon y se lo entrega á D. César.)

D. CÉSAR. No en balde
te puso el cielo tan cerca
de un moribundo; premiarte
necesito, y no hallo cosa
digna de tí, ni que baste
á medio tasar siquiera
un beneficio tan grande.

MIGUEL. Es que yo....

D. CÉSAR. Ven á mis brazos,
leal entre los leales.

MIGUEL. ¿A vuestros brazos? ¡Don César,
me sonrojais al pagarme! (Se abrazan.)

PRIOR. ¡Miguel!... (Fuera, derecha.)

MIGUEL. ¡El Prior!

D. CÉSAR. ¡Debemos
retrasar unos instantes
la entrevista, tengo el alma
aturdida y vacilante!...
¿Dónde me oculto?

MIGUEL. Allá dentro.
(Señalando á la segunda puerta derecha.)
¿Qué le digo?

D. CÉSAR. ¡Nada, cállate! (Saliendo.)

ESCENA IV.

EL PRIOR y MIGUEL.

PRIOR. Si alguien pregunta por mí,
pretestad de que he salido.
(Fuera, foro derecha y como hablando á los criados.)

MIGUEL. ¡Buena ocasion ha elegido
don César!
PRIOR. ¿Hola, tú aquí? (Dentro á Miguel.)
MIGUEL. Me habeis llamado al entrar
y á vuestro lado acudia. (Pausa breve.)
¿Quiere algo vueseñoría?
PRIOR. No; te puedes retirar.
MIGUEL. Bien está. (¡Duda cruel!) (Medio mútis.)
Una palabra, señor. (Volviendo.)
PRIOR. Dí.
MIGUEL. ¿Es cierto que sin pudor
van á entregarnos?...
PRIOR. ¡Miguel!...
(Con suave reconvencion.)
MIGUEL. ¿Que la estúpida canalla,
que ejerce su monopolio
en palacio, vende el solio
al rey don Felipe?...
PRIOR. ¡Oh, calla!
(Con alguna sequedad.)
MIGUEL. ¡No es arranque mercenario
de una servil complacencia,
que tengo aquí una conciencia (Señala al corazon.)
que no se pone á salario!
Es que rey con honra quiero:
rey de mi patria: esto es,
¡como sea portugués,
aunque sea un zapatero! (Váse fondo derecha.)

ESCENA V.

EL PRIOR.

¡Corazon noble y leal!... (Dirigiendo la vista al fondo.)
¡Oh! ¡Si como tú sintiera
la quinta parte siquiera
del reino de Portugal!...
¿Dónde te ocultas, nacion,
un tiempo tan valerosa?...
¡Como un cadáver reposa
entre hielo y corrupcion!
Intrépidos navegantes (Transicion.)
que surcais el Oceano
y hasta el continente indiano
llevais las armas triunfantes:
defensores de la cruz,
asombro de los marinos,

quemad los flotantes pinos
en la region de la luz.
¡No tomeis el derrotero
que abre las sendas de Europa,
por no aguantar en la popa
un pabellon extranjero!

(CANTO.)

Romanza.

Los fastos de tu gloria,
¡oh noble Portugal!
tu clara y limpia historia
se ostentan sin rival:
del mar las ondas fieras
cruzaste con valor,
llevando en tus galeras
la fe del Salvador.

Y entre luz y color y armonías
el plácido Oriente,
te brindó en sus entrañas bravías
un culto ferviente:
sus tesoros el ancho Oceano
le dió al portugués,
y al sentir el poder lusitano
se echaba á sus piés!

Mas de aquel tiempo
todo pasó,
tanta ventura
se disipó:
ya se ha perdido
la dignidad,
para deshonra
de Portugal!

Si otorga la conciencia
derechos al nacer,
del trono la exigencia
yo debo mantener.

Mi vida, la fortuna
meció en cuna rëal,
y fué desde mi cuna
mi patria Portugal.

Ya se ha perdido
la dignidad,
para deshonra
de Portugal:
negro destino,
fiero rigor,
no hay esperanza
de salvacion!

(HABLADO.)

¡Todo, todo se acabó! (Aparece D. César y se queda parado como escuchando al Prior.)
¡Nada aguardo, nada espero!
¿Quién, si busco al extranjero,
seguirá mi suerte?...
D. CÉSAR. ¡Yo! (Adelantando.)

ESCENA VI.

EL PRIOR y DON CÉSAR.

PRIOR. ¿Qué es lo que miro.... Aguilar?...
(Con agradable sorpresa y asombro.)
D. CÉSAR. Sí, que ha roto sus cadenas
y prisiones agarenas
para no volverse á atar!
PRIOR. ¡Ven á mis brazos.... aprisa....
no te detengas! (Con emocion, abriendo los brazos: don César se arroja en ellos.)
D. CÉSAR. ¡Señor,
la constancia y el valor
han sido nuestra divisa!
Há seis dias que partí
de Tánger, desembarqué
en Setubal, pregunté,
supe que estábais aquí:
la distancia de un tiron

dejo atrás, llego hace un rato
á la quinta....

PRIOR. ¿Y el relato (Interrumpiendo.)
sorprendes de mi afliccion?

D. CÉSAR. Cabal.

PRIOR. Y tu pensamiento
se desata enfurecido
al penetrar en tu oido
con mi angustioso lamento.
los ¡ayes! de Portugal
que se mira maniatado
por su córte, y entregado
pérfidamente!...

D. CÉSAR. Cabal.

PRIOR. ¡Oh! no sabes todavía
el golpe mas afrentoso,
el suceso escandaloso
y la novedad del dia.
Sabe, pues, que la Regencia
ha nombrado sucesor,
sin escuchar el clamor
de la pública conciencia.
Que la persona agraciada
en el Escorial habita,
y que á venir se le invita
por medio de una embajada.
Que su presa el buitre fiero
no tardará en recoger,
despiegando ese poder
que acobarda al mundo entero!
Que haya fiesta y mucho alarde,
que en ventanas y balcones
pongan iluminaciones
en cuanto espire la tarde....

D. CÉSAR. ¿Tal deshonra?...

PRIOR. ¡Mengua tanta!...
Tenemos que festejar
la mano que nos va á echar
el cordel á la garganta.

D. CÉSAR. ¿Semejante humillacion?...
¡Voto á mi nombre! ¡Sospecho
que antes estalla en mi pecho
de vergüenza el corazon!

PRIOR. ¡El tuyo sí, que es muy noble!

D. CÉSAR. ¡Pues mientras aliente el mio
y tenga en la diestra brio
para tirar un mandoble,

yo le juro al invasor
pelear y resistir
ciegamente hasta morir,
y si me matan.... mejor!
¡Comienza la eternidad
y se acaba todo imperio;
súbdito del cementerio,
mi tumba es la libertad!

PRIOR. ¡Ir derecho al precipicio (Con amarga reconvencion.)
con temeraria locura;
hundirse en la sepultura
con estéril sacrificio,
no es resolver la manera
de sacar la patria á flote,
ni librarla del azote
de una invasion extranjera;
es arrojar de sí mismo
una carga aborrecida....
que tambien, como en la vida,
hay en la muerte egoismo!
¿Y si en fiera esclavitud (Destacando las frases.)
gime la patria angustiosa,
estará libre en su fosa
ni el carcomido ataud?

D. CÉSAR. ¿Y qué hacer? (Pausa brevísima.)

PRIOR. Buscar el modo
de que en terrible concierto
se alce Portugal....

D. CÉSAR. Es cierto.

PRIOR. Conmover el reino todo....

D. CÉSAR. Encenderemos la saña
de la clase popular.

PRIOR. Es poco para luchar
con ejércitos de España.

D. CÉSAR. ¡Pues más de una vez triunfó
de formidables legiones!...

PRIOR. Cuando no habia cañones.

D. CÉSAR. ¡Se toman.... y se acabó!

PRIOR. ¿Tú no envejeces jamás?
¡Qué nervio! ¡Qué maravilla!
¿De qué estás hecho?

D. CÉSAR. De arcilla, (Con naturalidad.)
como todos los demás.
Tierra soy que reverdece (Con entusiasmo gradual.)
del patriotismo al calor:
¡bajo estas canas, señor,
hay algo que no envejece!

¡Algo que irradia fulgores
cada vez mas centellantes!...
Las almas y los diamantes
cuanto mas viejos mejores.

PRIOR. Don César, tienes razon.

D. CÉSAR. Respondo de Portugal:
á la primera señal
se levanta la nacion.
El grito de independencia,
retronando por el viento,
va á derrumbar el asiento
de la infamante Regencia.

PRIOR. Es necesario estudiar
con reflexion y cordura
la manera mas segura
de resistir y triunfar. (Pausa conveniente.)
Nos hace falta dinero....

D. CÉSAR. Al rescatarme empeñé
toda mi hacienda.

PRIOR. Lo sé;
yo mi patrimonio entero. (Otra pausa.)
¡Una idea! ¿Eres capaz
de embarcarte sin demora
para Inglaterra?

D. CÉSAR. ¿Yo?... Ahora.

PRIOR. ¿Y el peligro?...

D. CÉSAR. Es mi solaz.

PRIOR. Pues voy á mandarle un pliego
á mi primo, don Rolando,
duque de Richmond.

D. CÉSAR. Andando.

PRIOR. Espera aquí, salgo luego. (Váse, derecha.)

ESCENA VII.

DON CÉSAR.

¡Ah, don Antonio, sabia
que la Regencia impudente
te escupiria á la frente
la tacha de bastardía.
Y que en su torpe cinismo,
al vender patria y Estado,
arrojaria al mercado
tu partida de bautismo!

Mas qué importa ¡voto á tal!
no ha de vencer la traicion,
que aun tengo yo corazon
y hay vergüenza en Portugal. (Como meditando.)
¡Voy á emprender la jornada, (Transicion.)
y la mar no tiene abrigo!
(Saca el medallon y lo contempla.).
¿Deberé llevar conmigo
esta reliquia sagrada?...
¡Oh, no! Se puede perder
en los abismos del mar,
y su pérdida causar
la ruina de una mujer.
(Saca un papel doblado en forma de carta muy pequeña.)
¡De una mujer! Dios glorioso,
bien claro lo dice aquí:
(Con solemnidad, leyendo el papel.)
«Hermano, si llega á tí
»este objeto misterioso,
»será la prueba segura
»de que mi vida acabó,
»y de que al fin me tragó
»la implacable sepultura.
»En el estertor amargo
»del término de mi vida,
»con la postrer despedida
»te voy á dar un encargo.
»Contempla la imágen bella
»que aprisiona el medallon;
»¡no hay en la copia ficcion,
»acertó el pincel con ella!
»¡Mas si aun en el mundo habita,
»no le muestres su retrato,
»porque el tiempo es un ingrato
»que no vuelve lo que quita!
»Ví y amé; tuve el consuelo
»de verme correspondido:
»¡adorar y ser querido
»es gozar en vida un cielo!
»Mas un padre riguroso
»se declaró en contra mia,
»y el claro sol de mi dia
»me arrebató presuroso.
»¡Busqué.... inquirí.... pregunté....
»y supe que el ancho mar
»sintió en su espalda flotar
»el tesoro de mi fe;

»y que la nave traidora
»que entre las ondas volaba,
»tambien, tambien me robaba
»una niña encantadora!
»¡Mide, oh César, el dolor
»que sentirá al perecer
»quien nada pudo saber
»del fruto de aquel amor!
»¡Acepta el triste legado
»de mis eternos pesares....
»registra tierras y mares....
»busca lo que yo he buscado....
»y otórguete el cielo pio
»dicha que á mí me negó!...

AURORA. ¡Eh, señor Miguel.... soy yo!

Aparece Aurora en la verja con mucha cautela, mira al escenario, golpea con la mano los hierros como llamando á alguien; D. César vuelve la cabeza pausadamente y mira á la reja. Aurora al verle huye corriendo: don César se queda como alucinado.

D. CÉSAR. ¡El amo!... ¡Jesus! (Desaparece con rapidez.)
¡Dios mio! (Asombrado.)
¡Aventura sin igual!
¿Será ilusion de mi vista,
ó es que me pone el artista
delante el original?... (Vuelve á mirar el retrato.)
¡Oh, sí, sí, no es ilusion;
vida la pintura toma,
y á ese enrejado se asoma
la imágen del medallon!

Se aproxima á la verja y queda un momento como embelesado mirando al exterior: Miguel entra por el foro derecha, y al ver á D. César se para y lo contempla en silencio un breve espacio.

ESCENA VIII.

DON CÉSAR y MIGUEL.

MIGUEL. ¿Don César?... (Llamándole la atencion.)
D. CÉSAR. ¡Ansia cruel!
(Sin distraerse ni dejar su actitud.)

¡Allí está, allí!... ¡Se aleja!...
¿Cómo abrir?... ¡Maldita reja!...
(Forcejea con los hierros.)

MIGUEL. Tomad la llave.
(Saca una llave pequeña de la faltriquera.)

D. CÉSAR. ¡Oh, Miguel!
(Sorprendido agradablemente y con mucha ansiedad.)
Acércate.... mira.... dí....
hácia el bosque en la espesura....
¿conoces tú por ventura?...
(Miguel mira por la verja siguiendo las indicaciones de don César.)

MIGUEL. ¿Aquella jóven?...

D. CÉSAR. ¡Oh, sí!

MIGUEL. Mucho.

D. CÉSAR. ¿Pero te has fijado
en su rostro?

MIGUEL. Sí, señor:
por cierto que es seductor.

D. CÉSAR. ¿Y cómo, dí, no has hallado
con solo verla una vez
asombroso parecido
con el retrato escondido
en el medallon?

MIGUEL. ¡Pardiez! (Con severidad.)
¡Yo nunca osé profanar
reliquia tan bien cerrada!

D. CÉSAR. ¡Pues mira!
(Le pone ante los ojos el retrato del medallon.)

MIGUEL. ¡Vírgen sagrada!
¡Qué cosa tan singular!
(Contemplando con asombro el retrato.)

D. CÉSAR. ¡Miguel, que venga volando!
Necesito hablarla.

MIGUEL. Voy; (Se aproxima á la verja.)
no tardará, pues le doy
limosna de cuando en cuando.

D. CÉSAR. ¡Pide limosna!...

MIGUEL. Sí á fe. (Desde la verja.)

D. CÉSAR. Quizás ¡oh Dios! la condenas
á expiar culpas ajenas.

MIGUEL. ¡Chit!... retiraos.
(Suena el preludio de un laud, fuera y á la izquierda.)

D. CÉSAR. ¿Por qué?...

MIGUEL. ¿No escuchais?...

D. CÉSAR. ¿Ella?...

MIGUEL. Cabal.

¡Diantre, cuando yo decia!...
(Como hablando consigo mismo.)
Ha venido en compañía
del lazarillo Pascual.

(CANCION.)

AURORA. (Fuera.)

En un leño afrentoso
diz que murió,
por salvar á los hombres,
el Redentor:
¡Santa piedad!
Dios escribe en el cielo
la caridad.

¡Huérfana y pobre
con mi dolor,
de puerta en puerta
llamando voy:
eco en las almas
tenga mi voz,
que una limosna
pido por Dios!

(DECLAMADO.)

D. CÉSAR. ¡Oh, se extremece mi sér
de congoja y de pesar!
MIGUEL. ¡Siempre que la oigo cantar
lloro como una mujer!

(CANCION.)

AURORA. Los rigores del mundo
conmigo van,
y á las gentes divierto
con mi cantar.
¡Triste de mí,
que por hacer que rian
he de reir!

¡Huérfana y pobre
con mi dolor,
de puerta en puerta
cantando voy.
Miento alegrías,
finjo mi voz,
y una limosna
pido por Dios! (Cesa la música.)

(DECLAMADO.)

MIGUEL. ¡Silencio!...
D. CÉSAR. ¿Viene?...
MIGUEL. Aquí está.
D. CÉSAR. Junto á la puerta me quedo. (Se coloca al foro.)
MIGUEL. ¡Aurora! Llega sin miedo,
estoy solo. (Llamándola desde la verja.)
AURORA. (Fuera.) ¡Voy allá! (Se presenta en la verja.)

ESCENA IX.

DICHOS y AURORA á la reja.

MIGUEL. Buenas tardes, picaruela.
AURORA. Muy buenas, señor Miguel.
Traigo á mi padre adoptivo
para presentarlo.
MIGUEL. ¿Sí, eh?...
¡Mala ocasion, hija mia,
muy mala!
AURORA. ¿De veras?... ¡Y él
que venia tan contento!...
Pero, en fin, cómo ha de ser.
¡Por acercarme á la verja, (Transicion.)
valiente susto llevé!
¡He visto al Prior!...
MIGUEL. ¿En dónde?
AURORA. Toma, aquí.
MIGUEL. Míralo bien.
AURORA. ¿No es un señor que ya tiene
vuestra edad?...
MIGUEL. Pero, mujer,
si apenas raya en los treinta.

AURORA. Pues yo juraria que....
MIGUEL. El que has visto tú....
AURORA. Leia (Interrumpiéndole.)
con ansiedad un papel.
MIGUEL. Déjame hablar; la persona
que tú has visto....
AURORA. Sí, ¿quién es?
MIGUEL. Un ilustre caballero,
un militar de alta prez
que tiene por conocerte
particular interés.
AURORA. ¿A mí?...
MIGUEL. Sí, á tí.
AURORA. ¡No comprendo!
¿Os burlais?...
D. CÉSAR. (¡Basta!) Miguel, (Adelantando.)
abre la verja.
AURORA. ¡Dios justo! (Asustada.)
D. CÉSAR. Aurora, te quiero ver (Con dulzura.)
mas cerca.... te lo suplico....
nada temas.
AURORA. ¡Yo!... (Vacilando y confusa.)
MIGUEL. Sí, ven. (Abre la verja.)
¡No seas tonta, se trata
de tu suerte, de saber
tu orígen y el de tus padres!
AURORA. ¿De mis padres?... ¡Entraré! (Con emocion.)

Entra Aurora. La verja queda abierta. Pausa breve.

ESCENA X.

DICHOS y AURORA en escena.

D. CÉSAR. Aurora, ¿no has conocido
en medio de tu horfandad
á nadie que haya podido
revelarte lo que ha sido
tu pasado?
AURORA. No, en verdad.
Sé que recogida fuí
entre las ondas, señor;
que en un naufragio perdí
los tesoros del amor....
¡Y no sé más!... ¡Ay de mí!
(Se lleva el pañuelo á los ojos. Pausa conveniente.)

D. CÉSAR. Y la mano bienhechora
que te arrancó á la onda fria,
¿no te dijo nunca, Aurora,
la bandera que traia
aquella nave?...
AURORA. ¡Se ignora!
¡Un deshecho temporal
la hundió en la mar encrespada
con rapidez sin igual!
D. CÉSAR. ¿Ni vestigio?...
AURORA. ¡Ni señal!
D. CÉSAR. ¿Ni un cadáver?...
AURORA. ¡Nada!
D. CÉSAR. ¡Nada!
(Contrariado. Otra pausa.)
¿Y tú no tienes idea
de aquel naufragio espantoso?
AURORA. Ninguna; como no sea
un concepto vagoroso
que aquí en la mente alborea:
¡concepto que iluminar
no consigue mi razon!...
D. CÉSAR. ¡Duda horrible! (Con disgusto.)
AURORA. ¡Qué es dudar,
si aun llevo en mi corazon
las amarguras del mar!
D. CÉSAR. ¿Y del sér que te dió vida,
no tienes memoria?...
AURORA. ¡Oh, sí!
¡Eso, señor, no se olvida!
Es una imágen querida
que no se aparta de mí.
Es una reina, una diosa,
bella, dulce, cariñosa....
Y como al verla, la veo
con los ojos del deseo,
me parece mas hermosa.
Es á mis piés blanca estela,
es cielo que en luz me baña;
si duermo, mi sueño vela;
si estoy sola, me acompaña;
si estoy triste, me consuela.
Al cerrar la noche oscura,
cuando vuelvo á mi guardilla,
y entre frio y amargura
da á mi cárdena mejilla
su llanto la desventura,

aparece de repente
mi madre, besa mi frente,
y entre sus brazos me toma,
cual si abriera blandamente
sus alas una paloma! (Pausa breve.)

D. CÉSAR. ¿Reconocerla podrás (Con ansiedad.)
si por tu buena fortuna
con algun retrato das?

AURORA. ¡Tiene un instinto la cuna,
que no se engaña jamás!

D. CÉSAR. ¡Pues toma este medallon
y acabe el misterio impío!

La entrega el medallon. Aurora lo contempla con viva ansiedad. El Prior aparece á la derecha llevando en la mano un pliego y queda como sorprendido.

AURORA. ¡Oh, Jesus!... No es ilusion....
¡Es ella!... ¡Ella!... ¡Dios mio!...
¡Madre de mi corazon!
(Besa el retrato y rompe á llorar.)

ESCENA XI.

DICHOS y EL PRIOR.

PRIOR. ¿Qué es esto?

MIGUEL. (A D. César.)
(Voy á salir
en busca del pobre anciano.)
(Como hablando consigo mismo y destacando la frase. Sale por la verja.)

D. CÉSAR. Que acabo de descubrir (Al Prior.)
esta prenda, que al morir (Señalando á Aurora.)
dejó en el mundo mi hermano.

PRIOR. ¿D. Alfonso?

D. CÉSAR. Sí, señor.

PRIOR. ¿Y la prueba?

D. CÉSAR. ¡Oh, sí, evidente!
Comparad.
(Le pone el retrato á la vista y le señala despues á Aurora.)

PRIOR. ¡Lances de honor,
(Sin mirar el retrato y sonriendo con incredulidad.)
ni los resuelve un pintor,
ni un retrato es suficiente!
(Se oye la voz de Camoens fuera y á la izquierda.)

CAMÖENS. ¡Aurora.... Aurora!... (Llamando.)

AURORA. Ahí está
mi padre adoptivo.... ¡Padre,
(Con júbilo, aproximándose á la verja.)
aquí estoy! (Contestando á Camoens desde la verja.)
PRIOR. Que entre.
AURORA. ¡Entrará,
y á su voz se animará
el retrato de mi madre!
(Aurora se coloca á la salida de la verja como esperando.)

ESCENA XII.

AURORA, CAMÖENS, DON CÉSAR, EL PRIOR y PASCUAL.

AURORA. Por aquí, Pascual.

Aparece Camöens apoyado en el brazo de Pascual; este con un laud á la espalda; Aurora toma á Camöens de la mano y le sirve de guia; Pascual suelta el brazo de Camöens, se quita la gorra y queda junto á la verja.

CAMÖENS. ¡Tu anhelo
me confunde! ¿Qué hay.... qué pasa?...
PRIOR. Llegad sin ningun recelo.
CAMÖENS. (¿Quién es?) (A Aurora.)
AURORA. (El amo de la casa.) (A Camoens.)
CAMÖENS. Dios os guarde. (Quitándose el birrete.)
PRIOR. A vos el cielo.
(¡Yo conozco este semblante!)
D. CÉSAR. (Que lo he visto juraria
otra vez.) (Pausa.) Desearia
que me oyéseis un instante.
CAMÖENS. Ya escucho á vueseñoría. (Con afabilidad y respeto.)
D. CÉSAR. Don Alfonso de Aguilar,
muerto en Alcázar-Quivir....
CAMÖENS. ¡Gloria al honor militar!
(Interrumpiendo y con acento enérgico y solemne.)
D. CÉSAR. Gracias. Me legó al morir
un encargo singular.
El encargo, es un deber;
el motivo, una pasion;
y el objeto, un medallon
que un retrato de mujer
guarda en estrecha prision.
Fruto de amor desdichado,
quedó un sér abandonado
á su infortunio cruel:

hay un hijo, dar con él
en esto estriba el legado.
¡Mas oid, oid ahora
la duda que nos inquieta,
el ansia que nos devora!...
¡Entre el retrato y Aurora
la semejanza es completa!
Ella la reliquia vió, (Señalando á Aurora.)
y al punto reconoció
á su madre....

AURORA. ¡Y la besé! (Con entusiasmo.)

CAMÖENS. ¡Si pudiera verla yo!...

D. CÉSAR. ¡Oh, tomad! (Presentándole el medallon.)

CAMÖENS. No, ¿para qué?...
(Apartando con la mano el medallon.)
¡Sumido en la oscuridad
há dos años que me encuentro!

D. CÉSAR. ¡Triste cosa!

CAMÖENS. Sí, en verdad....
¡y mas con la claridad
que me ilumina por dentro! (Con mucha intencion.)
¡Ah, Señor, tu juicio acato! (Alza los ojos al cielo.)
¡Bendita sea tu cruz! (Pausa brevísima.)
Voy á haceros un relato,
por si dar logra al retrato
mi ceguera alguna luz. (Otra pausa conveniente.)
De la India volvia yo
el año sesenta y nueve;
vientos el bajel tomó,
y á los mares se entregó
volando cual pluma leve.
Al gran Atlante salimos;
en las corrientes violentas
del Africa nos metimos,
y á la altura nos pusimos
del cabo de las Tormentas.
Aquellos mares sufrian
un deshecho temporal;
olas y cielos rugian,
y las aguas presentian
el azote equinoccial.
Cierta noche, de repente,
tembló el barco al estampido
de una borrasca potente;
rugió el mar enfurecido
y en pié se puso la gente.
El tímido pasajero

rompe en un ¡ay! lastimero
ó se arrodilla devoto;
corre al timon el piloto,
y á la járcia el marinero.
¡Las escotillas cerradas,
(Con accion descriptiva.)
el serviola vigilando,
las olas huracanadas,
y el bajel entre ellas dando
bandazos y cabezadas!
De pronto se oye tronar
un cañon á barlovento.
¡Pide auxilio! ¿A qué llamar
con tan espantoso mar
y en tan horrible momento?
¡Recé por el que se hallaba
quizá en peligro de muerte!
A poco mi vista advierte
un objeto que flotaba
sobre las ondas, inerte.
La corriente lo traia
entre el espumoso hervor....
¡cuerpo humano parecia,
y á dar de golpe venia
por la banda de babor!
Contra la borda esperé....
llegó el objeto.... lo así....
¡con desesperada fe
al mar se lo disputé,
hice un esfuerzo y vencí!
¡Una mujer desdichada
me entregó la onda salada,
y al verla.... de asombro lleno,
ví que oprimia á su seno
una niña medio ahogada!
Aquella infeliz mujer,
en su mortal abandono,
recogió todo su sér.
—«¡Padre.... dijo, te perdono.
Alfonso, adios!...» ¡Y caer
sentí su cuerpo pesado
sobre la fria cubierta!
Quedé un momento turbado,
y un ángel inanimado
quité al seno de la muerta.
¡Lo arrullé.... le dí calor,
alzé los ojos al cielo

implorando su favor,
me oyó benigno el Señor
y reanimó aquel hielo!
¡Un golpe de mar sentí
que sobre el barco pasaba!...
¡La muerta á lo lejos ví!...
¡Una ola la trajo á mí
y otra ola se la llevaba!... (Transicion.)
Mas la prenda recogida
entre el hervor inconstante
de la mar enfurecida,
es la que teneis delante....
¡Oh, sí, mi Aurora querida! (Abrazándola.)

D. CÉSAR. ¡Oh, gracias, Dios soberano!
¡Tu influencia protectora
ha descubierto este arcano!
¡Ven á mis brazos, Aurora!
(Acude á los brazos de D. César.)
¡Descansa en paz, pobre hermano!
(Con solemnidad alzando la vista al cielo.)

CAMÖENS. ¡Bien vengas, llanto querido,
(Enjugándose los ojos.)
bálsamo que el cielo envia
á mi corazon herido!

PRIOR. ¡Oh, me siento conmovido!

AURORA. Padre, ¿llorais?... (A Camoens)

CAMÖENS. ¡De alegría!

D. CÉSAR. Y para tanto valor,
¿qué premio en el mundo habrá?...
(Tomándole una mano á Camoens.)

CAMÖENS. Voy á pedirle un favor
en pago, al señor Prior.

PRIOR. Pedid, concedido está.

CAMÖENS. Hubo un hombre para mí
de tan piadosa virtud,
tanto honor le merecí,
señor, que le guardo aquí (Al corazon.)
una eterna gratitud.
Ausente hallándome yo,
¡supe con terrible afan
que en el sepulcro se hundió!
Decidme, ¿cómo murió
nuestro rey don Sebastian?

PRIOR. ¡De una terrible lanzada!

CAMÖENS. ¡Oh, sí, cubierto de gloria!

PRIOR. ¡Aquella triste jornada,
aun la tengo aquí clavada (Al corazon.)

con su sangrienta memoria!
(Como recordando lo que describe.)
Ancho campo, mucha gente,
sobre todo la agarena;
sol canicular y ardiente,
abrasador el ambiente
y sofocante la arena.
En polvoroso camino
nuestro ejército avanzaba,
y, mar de flotante lino,
el ejército beduino
en los llanos acampaba.
El africano nos vió
y sus tribus desplegó:
las distancias se estrecharon,
los ejércitos chocaron
y el espacio retembló!
Una muchedumbre fiera
se desbordó en ancho rio....
¡como si el Africa entera
hacer alarde quisiera
de su inmenso poderío!
¡Ayes! golpes, gritería,
campo de sangre cubierto,
horrenda carnicería,
¡y dominando el concierto,
la espantosa artillería!
Al vernos don Sebastian
bajo aquellas oleadas
que sepultándonos van,
así exclamó con afan
entre sus huestes mermadas:
«¡Antes muerto que vencido!
»Llano de Alcázar-Quivir,
»sepulcro á tu arena pido:
»¡Adios, Portugal querido!
»¡Caballeros, á morir!»
Dijo, y como una centella
hiende, derriba, atropella....
¡pero de pronto le alcanza
por el costado una lanza,
y muere clavado en ella!
¡Y en aquel aciago dia,
y en territorio africano,
con don Sebastian se hundia
la mayor gloria que habia
en el reino lusitano!

CAMÖENS. ¡Que Dios misericordioso
premie tu excelsa virtud!
¡Recibe, oh mártir glorioso,
este llanto cariñoso (Se enjuga los ojos.)
que vierte mi gratitud! (Pausa.)
PRIOR. Mas, ¿quién sois vos?
CAMÖENS. ¡No lo sé! (Con amargura.)
PRIOR. ¿Vuestro nombre?...
CAMÖENS. ¡Lo arrojé
en los senderos del arte!
PRIOR. ¡Yo os he visto en otra parte!
CAMÖENS. Es verdad, os lo diré:
¡Como diez años hará;
vos por entonces, señor,
erais muy mozo, y quizá
muy feliz!... El tiempo va
uncido con el dolor.
Yo por entonces ya estaba
martirizado y deshecho;
mi cabeza blanqueaba
y el corazon empezaba
á entumecerse en el pecho.
Estando vos cierto dia
en una gran librería,
hubo de entrar silencioso
un escritor ya famoso
que un manuscrito vendia.
—¿Qué es? le pregunta un librero.
—Un poema. —¿Y un poema
pensais que vale dinero?...
—Es que le doy.... —No le quiero.
—¡Casi de balde! —Se quema;
dice, y con seco desvío
vuelve el industrial la espalda,
se queda nuestro hombre frio
y se enjuga el llanto impío
que sus mejillas escalda
Entonces, vos, mas humano,
con espíritu cristiano
y con piedad infinita,
depositais en su mano
una limosna bendita.
¡La mano que recibió
tan señalada fineza
Os Luisiadas escribió,
y en la caridad buscó
un refugio á su pobreza!

PRIOR. ¿Sereis vos ese portento
(Con exaltacion y como presintiendo.)
del genio de Portugal?...
AURORA. ¡El es! (Con solemnidad.)
CAMÖENS. ¡Aurora!... (Con suave reconvencion.)
AURORA. ¡No miento! (Resuelta.)
¡Él, que mendiga el sustento
(Con fuego é indignacion.)
para mengua nacional!
PRIOR. ¡Oh patria, que mal repartes
tus favores!... ¡Yo me abismo!...
¿Así se premian las artes?...
CAMÖENS. ¡Ah, señor, en todas partes
le pasa al genio lo mismo!
¡Hay en España un soldado (Con mucha intencion.)
que es asombro y maravilla
de las letras de Castilla!...
¡Se verá muy bien pagado
si le dan una guardilla!
PRIOR. ¡Qué baldon!
D. CÉSAR. ¡En la indigencia
el autor de *Os Luisiadas*!
(Se oye ruido al foro y la voz de Miguel.)
MIGUEL. ¡Atrás! (Fuera, derecha.)
CAPITAN. ¡No hagais resistencia,
son órdenes reservadas
de parte de la Regencia! (Fuera.)
PRIOR. ¡Adelante!
(Aproximándose á la puerta. Entra Miguel precipitadamente.)
D. CÉSAR. ¿Qué?...
MIGUEL. ¡Señor, (Con viveza.)
gente armada!
D. CÉSAR. ¡Por Luzbel!
(Echando mano al puño de la espada.)
PRIOR. Toma y templa tu furor.
(Le entrega el pliego que ha conservado en la mano desde su salida.)
(¿Y los sirvientes, Miguel?...)
MIGUEL. ¡Han desertado!
PRIOR. Mejor. (Con desden.)

ESCENA XIII.

DICHOS, MIGUEL, CAPITAN y SOLDADOS.

CAPITAN. ¡Con vuestra licencia!
(Desde la puerta, que ocupa un golpe de soldados y quitándose el sombrero.)
PRIOR. Entrad.
CAPITAN. Vengo á cumplir un penoso deber.
PRIOR. Sepamos, hablad.
AURORA. (¿Qué es esto, Dios de bondad?)
D. CÉSAR. (¡Maldicion!)
PRIOR. (¡Golpe alevoso!)

El capitan tiende una mirada á uno y otro lado del escenario, fijándose alternativamente en las personas que nombra. Todo esto muy rápido.

CAPITAN. Un ciego.... su lazarillo....
MIGUEL. ¿Qué registrais, ¡vive Dios?...
(Interrumpiendo de mal talante.)
CAPITAN. Lo que no os importa á vos. (Con dureza.)
PRIOR. ¡Despachad! (Idem.)
CAPITAN. Pues.... muy sencillo:
(Poniéndose el sombrero.)
Seguidme entrambos á dos.
(Señalando al Prior y D. César. Confusion.)
PRIOR. ¿Para dónde?... (Aparentando tranquilidad.)
CAPITAN. A la frontera.
D. CÉSAR. ¡Desterrados!... (Con furia reconcentrada.)
AURORA. ¡Ay de mí!... (Con profunda pena.)
CAMÖENS. ¡Señor!... (Elevando los brazos al cielo.)
PRIOR. ¡Buen modo y manera
de arrojar estorbos fuera!
D. CÉSAR. ¡Nos vengaremos! (Con ira, al Prior.)
PRIOR. ¡Oh, sí!
(Con asentimiento enérgico.)
CAPITAN. En marcha. (Con sequedad.)
PRIOR. Vamos andando.
(Da algunos pasos y retrocede en actitud meditabunda.)
D. CÉSAR. ¡Camöens!... ¡Hija mia!...
(Abrazando á Camoens y á Aurora.)
AURORA. ¡Cuándo
nos volveremos á ver!... (Con amargura.)

D. CÉSAR. Volando, Aurora, volando.
¡Adios!
(Se dirige al foro y espera allí al Prior.)

AURORA. ¡Oh! (Llorando.)
CAMÖENS. ¡Cómo ha de ser!
(Con resignacion y tristeza.)

El Prior asiendo por un brazo á Miguel, que se habrá colocado desde su salida junto á su amo, con mucho misterio y cerca de la batería.

PRIOR. (Oye.)
MIGUEL. (Señor.)
PRIOR. (¡Si hay alarde
de fiesta, si algun cobarde
coloca iluminaciones
en ventanas y balcones,
en cuanto espiré la tarde,
obediente á mi mandato,
quema la quinta!)
MIGUEL. (¡Un incendio!) (Asombrado.)
PRIOR. (¡Que vea este reino ingrato
cómo festeja el de Crato
su deshonra y vilipendio!) (Con gran entonacion.)

Vánse por el fondo derecha el Prior, D. César, el capitan, los soldados, y poco despues Miguel con las manos en la cabeza, aparentando la mayor desesperacion.—Pausa.—Quedan en escena sin moverse de su actitud Camoens, Aurora y Pascual.

ESCENA ÚLTIMA.

AURORA, CAMÖENS y PASCUAL.

AURORA. ¡Padre!
(Lanzando un grito angustioso y mirando á Camoens.)
CAMÖENS. ¡Aurora, ven á mí;
(Abriendo los brazos, Aurora se precipita en ellos.)
desahógate.... gime.... llora!...
¡Qué consecuente es, Aurora,
la desgracia para tí!
(Pausa brevísima. Acompañamiento de orquesta.)
¿Estamos solos, pardiez?
(Como preguntando. Transicion.)
AURORA. ¡Solos!

CAMÖENS. Pascual, dame el brazo.
(Llamando al lazarillo: se aproxima Pascual.)
¡Estrechemos este lazo....
(Abrazando á Pascual y á Aurora.)
(quizá por última vez!)
Vamos andando, Pascual.
(Toma el brazo de Pascual.)
(¡La calentura me abrasa!)
AURORA. ¿Y á dónde vamos?...
CAMÖENS. Tú.... á casa.
AURORA. ¿Y vos, padre? (Con ansiedad.)
CAMÖENS. ¡Al hospital!
(Con inmensa emocion y profunda amargura, despues de hacer una ligerísima pausa. Salen por la verja Camoens y Pascual; Aurora los sigue con el pañuelo en los ojos.)

FIN DEL DRAMA.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de la *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, y de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los Corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.